

Cuando pasan y desaparecen, todo cae de nuevo en la tranquilidad misteriosa de la media noche. Se ve turbio, como al través de una niebla verde, bajo aquellas bóvedas de árboles que tamizan la luz dulce; pero de cuando en cuando aparecen claros rayos de luna que descienden de lo alto, por agujeros que iluminan recortes de helechos ó grandes palmas admirables, inmóviles como en el jardín de una comedia de magia.

¡Oh! ¡aquel silencio, aquel esplendor, aquella música ligera de cigarras, aquellos olores de tierra, de aromas y de flores!

Y siempre el olor irritante del almizcle dominándolo todo, hasta en pleno bosque. Todo está almizclado en aquel país malayo; incluso unos animales nocturnos parecidos á ratones que á cada minuto atraviesan el camino muy de prisa, haciendo «¡cuic, cuic!» con vocecillas alegres de pájaros, y dejan en el aire pesado el rastro almizclado de su olor.....

MAHÉ DE LAS INDIAS.

I.

Viernes 1.º de Enero de 1884.

Un pequeño país tranquilo bajo una bóveda de palmeras.

La bóveda no se acaba nunca; está tendida como un toldo sin fin sobre las personas y las cosas. Las palmas gigantes dejan apenas algunos agujeros por donde ver el cielo y por donde bajen los rayos; se enredan, se aplastan, unas desplegándose como admirables plumas de amazona, otras arregladas en ramilletes floridos como penachos, ó bien inclinadas desmayándose. Y esta bóveda que llega hasta muy arriba se encuentra, sin embargo, soportada ligeramente por largos tallos finos que tienen flexibilidades de cañas; debajo se circula en

una sombra que es eterna, en una transparencia verde obscura.

Por la tarde, hacia las cinco, desembarco allí sobre la arena, en la embocadura de un arrouelo que forma como un corte, como una bahía sinuosa en la espesura de aquellos árboles. Vengo de lejos, de la extrema Asia, habiendo olvidado casi aquel encanto, aquel esplendor de la India; de suerte que es agradabilísimo volver á encontrar todo aquello, que es único é incomparable. El sol, ya bajo, ilumina de color todo aquel río por donde yo llego; las palmas que toca son doradas, asombrosamente doradas, y el aire está como lleno de oro en polvo. Sobre las orillas de los dos ríos, al pie de aquellas palmeras que constituyen inmensas cortinas verdes, hay grupos de indios que miran acercarse á mi barco; están colocados de un modo soberbio como dioses, vestidos con lienzos blancos, rojos ó anaranjados: ellos, sus árboles y su país parece todo él bañado por una luz de apoteosis.

Una casa con galería, muy blanca con postigos verdes, está situada allí, á la orilla del agua, sobre

una peña que forma promontorio; casa bastante bella, muy antigua, que data de la *Compañía de las Indias*: es el *Gobierno* de aquella colonia sombría.

Algunos pasos por la arena, y entro en un jardín bajo, dependiente de aquella residencia, encima del cual, como por todas partes, la bóveda de hojas se tiende. Bajo aquella sombra deliciosa, parece el jardinillo de una hada: flores desconocidas; follajes tan brillantes como flores, morados, rojos, manchados de blanco y de amarillo, como si se hubieran pintado á capricho. Las alamedas derechas, siguiendo la moda antigua; los asientos de piedra, verdecidos por el musgo, tienen cierto aspecto de vejez y de abandono, como esas casas de campo en que, habiendo muerto los amos, nadie va ya.

Franqueado el jardín, cerrada la puerta, me encuentro delante de mí con una cosa que parece una calle que se abre paso trabajosamente entre las palmeras: se creería estar en una de nuestras aldeas del Mediodía de Francia, muy vieja y desierta, que se hubiese trasplantado allí y que

hubiese quedado aplastada por la poderosa savia tropical. Las soberbias palmeras todo lo sumen en la sombra; pero están todavía doradas de un modo inverosímil en su cima por el sol poniente; y ¡cuán bajas parecen las casas, cerca de sus largos y esbeltos tallos!..... Hay una pequeña alcaldía con la bandera tricolor; cipayos bronceados, con blusa encarnada, de centinela en la puerta; hay un pequeño hotel extraño para no sé qué viajeros; una casa-escuela, y tiendecitas donde los indios venden bananos y especias. Después de esto ya no hay nada; todo se sumerge en calles de árboles y se pierde en profundidades verdes. La tierra está encarnada como sanguinaria, haciendo parecer más brillante y sobrenatural el color de los follajes. En lo alto, los rompimientos que dejan ver el cielo, y que se advierten aquí y allí en los intervalos de las palmas, están brillantes de luz y parecen de una profundidad extrema. Y entre aquellos árboles flexibles que mecen por encima de los caminos sus grandes ramilletes de plumas, pasan y vuelven á pasar nubes de aves, lanzando gritos roncós. Una vida exuberante y

magnífica existe en la Naturaleza, en los animales y en las plantas; pero el pueblecillo allí cobijado parece muerto.

Todas las personas que se encuentran en aquellos caminos de sombra son bellas, tranquilas, nobles, con grandes ojos de terciopelo, de esos ojos de la India con un misterioso encanto negro. Medio desnudo el torso, van vestidos como en la antigüedad, con muselinas blancas ó encarnadas. Las mujeres con ademanes de diosas, mostrando admirables gargantas morenas que parecen copias en bronce, casi exageradas, de los mármoles griegos. Los hombres con el pecho dilatado y la cintura delgada como ellas; solamente que con los hombros un poco más anchos, la barba de un negro azul, rizada á la antigua. Dicen «buenos días» en francés, como los aldeanos de nuestro país, pareciendo como orgullosos de continuar siendo nuestros; se ve que tienen deseo de detenerse y de hablar: los que saben nuestra lengua sonríen y entablan conversación sobre la guerra, sobre los asuntos de China, diciendo: «*nuestros marinos, nuestros soldados.....*» cosa inesperada y extraña. Sí,

aquí estamos verdaderamente en Francia. Entonces me acuerdo de aquel indio que, acusado una vez ante el tribunal de Saigón de no sé que tratada, contestó al juez, que le trataba de salvaje: «Nosotros éramos franceses doscientos años antes que vosotros.....»

Se encuentran también especies de carros cubiertos, cada uno tirado por una pareja de bueyes blancos, con joroba de camello, con su largo y extraño rostro sin expresión. Son los únicos animales de tiro de aquella región: transportan á Fellichery ó á Cannanore, las ciudades de la India inglesa más próximas.

Hay multitud de caminos anchos que se cruzan bajo la bóveda de palmas, como si fuesen las calles de una ciudad. Casi todas están profundizadas en el suelo, y por tanto, más húmedas y sombrías; los dos taludes que las limitan, tapizados de exquisitos helechos, de delicados musgos.

En el oquedal espeso se encuentran vestigios de las murallas que rodeaban la ciudad de Mahé, en el tiempo en que era grande: las ruinas de sus puertas, estilo Luis XIV; las ruinas de sus puen-

tes levadizos. En efecto, todo es antiguo en aquella colonia, hoy casi desierta; tiene un pasado como nuestras ciudades de Occidente, y estos recuerdos del gran siglo, que duermen bajo magníficos sudarios de follaje, le prestan una melancolía especial.

Los transeuntes son de diferentes castas y de diferentes colores: los unos morenos nada más, con lo blanco de sus grandes ojos teñido de azulado; los otros casi negros, con aspecto salvaje, pero bellos también, con la incomparable belleza india. Y hasta hay algunos (los notables del país, sin duda) que visten traje europeo y que acortan su paso cuando nos cruzamos, como los niños cuando quieren que se les mire. El traje les cae bastante mal, y es lástima; las mujeres, por ejemplo, estarían muy ridículas, si no fuera por las miradas que lanzan, que detienen todo deseo de reir, y que se recogen al paso como misteriosas flores de tinieblas.

Esparcidas al azar bajo el bosque, se hallan las casetas indígenas, rodeadas de bananos, de lantanas floridas, de hibiscus rojos, de toda una vegeta-

ción que hace jardín encantado, á la sombra de la eterna bóveda de las palmas verdes. Casitas cuyas paredes son blancas, las ventanas sin vidrios, defendidas por rejas; dentro no se ve apenas, á causa de la espesura del follaje, pero todo está desnudo y casi vacío. Hay siempre sobre una mesa un tintero de nácar y papeles; allí se escriben, como cosas corrientes y sin importancia, aquellas viejas máximas de la India que se remontan al principio del mundo, y que nuestros sabios estudian para buscar los orígenes de nuestras lenguas de Occidente.

El día se va..... la luz baja á toda prisa..... Hay todavía un poco de oro que se arrastra acá y allá en la cima de las palmeras, y luego estos últimos reflejos se extinguen, la «noche verde» se hace sombría en todas partes, y una especie de tristeza se derrama por aquellas avenidas de árboles, cada vez más solitarias. Cerca de mí pasa una mujer de mejillas ligeramente bronceadas, vestida con un traje blanco europeo. Con su traje fuera ya de moda, su talle esbelto y sus cabellos de rizos negros, produce la impresión de una de

esas jóvenes criollas de las novelas de otro tiempo, alguna «Virginia» ó alguna «Cora», y yo la sigo con la vista con un interés melancólico. Sin duda no era más que una india muy pobre, porque penetra en la espesura, se desliza, como entrando en su casa, en una cabaña oculta entre las ramas, y desaparece allí, en el silencio y la obscuridad de aquel asilo aislado.....

En seguida se cruza conmigo un hombre, con la ligereza silenciosa de un flavo, en aquel camino cada vez menos iluminado. Éste es de otra casta, de otra raza más primitiva; casi desnudo, con cuchillos en su faja, la piel muy oscura, el pecho cubierto de un vello tan áspero como la piel de un oso. Se para ante una palmera inmensa, más derecha que el mástil de un navío, y se pone á subir con pies y manos, muy de prisa, como si tuviera algún negocio urgente que despachar allá arriba antes de la noche. ¡Éste sí que se parece al mono!..... Le pierdo de vista en la bóveda de las palmas, que está ya negra del todo.....

En el último crepúsculo, cuando vuelvo al río para embarcarme en mi bote, unos niños de cabe-

llos largos, con el talle atado en paños muy apretados, me rodean para venderme abanicos de ve-tíver, naranjas, ramos que yo no veo bien, pero que huelen á tuberosa y á alguna otra cosa exquisita que se sube á la cabeza.

Merced á unos cuantos golpes de remo franqueamos la barra de aquel río en miniatura. Entonces el mar se extiende ante nosotros como una soledad de nácar verde, de un nácar de reflejos cambiantes y que sería luminosa por sí.

Los ramilletes que aquellos niños me vendieron huelen más en la obscuridad, á medida que la tierra se aleja con las demás exhalaciones que en ella reinan; y tenemos que dejar detrás de nosotros sobre el agua, en un suave rastro, aquel olor de tuberosa.

El horizonte, rojo en la base, luego morado, luego verde, luego color de acero, color de pavo real, está matizado como un arco iris. Las estrellas brillan de tal modo, que aquel día parecen más cercanas de la tierra, y desde el punto por donde el sol se ha puesto parten todavía grandes haces de rayos, muy claros, muy acusados, que

atraviesan toda la bóveda inmensa, como zodiacos de color de rosa trazados en una esfera azul sombrío. A pesar de ser de noche, aparece por todas partes una especie de iluminación mágica, una fiesta de luz.

II.

Sábado 2 de Enero.

Mahé no tiene rada, y á causa de los bajíos hemos tenido que detenernos ayer al llegar, y fondear á tres millas mar afuera; estamos en alta mar, en plena mar azul, no en la India, sino cerca de la India; distinguimos, como cosas casi lejanas, la línea de sus selvas y los recortes irisados de sus grandes montañas.

Hoy hace tiempo tranquilo; una débil brisa que apenas consigue hinchar las velas de los barcos. Habiendo salido de á bordo á las doce, con la fuerza del sol, no salto á tierra sino á las dos.

Dos horas todavía durá el desmadejamiento del día, y la pequeña ciudad duerme bajo su espeso follaje; pero la sombra es tan grande, que casi se siente una impresión de frescura al abrigo de aquellas palmeras.

En el camino de Cannanore, que he tomado al

azar, seguido de dos indios charlatanes, oigo de pronto salir de un jardín una música asombrosa. Se trata, á lo que parece, de unas bodas que se celebran allí con mucho ceremonial: hay una compañía de bailarines ajustados que han venido de Cannanore, y que van á ejecutar bailes de conjunto; y puedo entrar, según me aseguran, siendo muy bien recibido, porque los novios son *franceses como yo*, lo mismo que toda su familia, por más que su casa esté situada fuera de nuestra colonia, en tierra inglesa.

Aquel jardín está cubierto de velas blancas atadas á los tallos de las grandes palmeras por guirnaldas de follaje. En el fondo se ve la casa, y al lado, sobre una estrada, están sentados hombres que tienen collares de oro y trajes de muselina: son los convidados á la fiesta, gentes cualesquiera que habitan las casas de los alrededores; sin embargo, parecen una asamblea de dioses: tan bellos son sus rostros, y tan reposadas sus actitudes, y tan grandes y profundos sus ojos. Llevan una vestidura ligera atada en uno de los hombros y dejando ver sus brazos desnudos, con una mitad

de su torso admirable. Cae sobre ellos, á través de la tienda, á través de la bóveda más alta de las palmeras, aquel reflejo de oro, aquella eterna claridad de apoteosis que es en la India la luz de todos los días. Me hacen sentar en un puesto de honor, y me avergüenzo yo cerca de aquellas gentes de mi chaqueta ajustada con una fila de botones, mi sombrero ancho, del aspecto que tengo conciencia de ofrecer..... En la casa están las mujeres, medio veladas, medio ocultas, mirándonos por las ventanas. Hace un calor irrespirable en medio de la multitud; parece que aquella luz de oro, que está esparcida por todas partes y tan hermosa, es una incandescencia del aire. Perfumes almizclados salen del suelo, de las plantas, de los árboles, de los indios que me rodean.

La fiesta comienza por un baile de niños, muy lento, sobre un ritmo triste, marcado por platillos. Unos treinta niños que se habían formado en círculo, saltan dulcemente, y giran, con la vista apagada como si tuvieran sueño. Llevan en la mano izquierda un escudo y en la mano derecha una espada ancha y corta..... ¿Son niños ó niñas?....

A primera vista no se sabe. Pero todos son bonitos, con sus grandes ojos orlados de pestañas negras. Los cabellos rizados, atados á las sienes por una cinta, como en lo antiguo, y luego caen sueltos sobre los hombros hasta la cintura. El pecho grueso y arqueado, la cintura notablemente delgada, rodeada de paños muy largos atados con holgura. Siluetas demasiado esbeltas, que tienen algo que no es natural, que les hace parecerse á los personajes hieráticos de los bajos relieves egipcios; son la explicación de aquellas antiguas pinturas de la India, donde se ven seres muy bellos, de un sexo ambiguo, con el pecho redondo, sin caderas, la cintura tan delgada que parece saltar, una gracia medio mística y medio sensual.

Al principio, aquello no era más que una especie de marcha cadenciosa, con un canto grave; poco á poco se va acelerando, y crecerá cada vez más. Todos los escudos chocan á compás con un ruido seco; las espadas, con un sonido claro de metal. A cada instante hay cambios bruscos de ritmo y de melodía. Más de prisa, cada vez más de prisa; aquellas voces de niños, que al principio cantaban

con dulzura, comienzan á aullar de un modo siniestro, como voces de demonios. Cada vez más de prisa, y los escudos chocan cada vez con más fuerza. En la orquesta también hay ahora una fiebre; los que tocan el tambor se agitan con frenesí; los que soplan en las flautas tienen los carrillos ahuecados, las venas hinchadas, los ojos inyectados en sangre. Parece un *crescendo* de gaitas corriendo tras de platillos. Un viejo, con cara de brujo, que dirigía el baile tan sólo por señas, acaba de tomar una pata de animal colocada en la punta de un palo, y como si él mismo se hubiera puesto furioso, con los ojos fuera de sus órbitas, pega á derecha é izquierda y sin reposo en las nalgas de los que se retrasan, los cuales saltan más alto y aullan más. No se distingue nada más que una mescolanza de bracitos, de piernas, de cuerpecillos que se retuercen, de cabelleras sueltas que se alargan como serpientes negras. No puede menos de seguirse, jadeando también, con una especie de angustia, aquella exasperación creciente de movimiento y de ruido. Se ha convertido la fiesta en un clamor estridente que desgarrá, un

torbellino, un vértigo, una cosa del infierno.....

Y luego, de pronto, todo aquello se detiene, de golpe: bailes, músicas, súbitamente apaciguado, fijado, silencioso. La figura ha terminado; con la mayor tranquilidad del mundo los pequeños ejecutantes se limpian la frente, y el director, ahora muy paternal, les da de beber.

En seguida aparecen unos adolescentes, casi hombres hechos, que se agrupan en corro como los niños de hace un momento. Como ellos, también tienen el talle delgado, los senos salientes, largos cabellos de un negro lustroso, y en los menores gestos una gracia femenina exquisita; todos son de una belleza extremada, con músculos mejores que los antiguos, con atavíos más delicados.

En la primera parte abandonada de su baile hay paradas llenas de languidez, actitudes desfallecidas, moribundas. Su *crescendo* es terrible, y hacia el fin, á su paroxismo de frenesí se mezcla algo de erótico. De pronto, he aquí que todos se levantan como sorprendentes clowns, lanzándose todos á un tiempo como por un inmenso trampo-

lín, giran sobre sí mismos cabeza abajo, en el vacío, y vuelven á caer de pie, y vuelven á comenzar indefinidamente sus saltos, al ruido de una música sin nombre que mete miedo. Se ven algunos que parecen tendidos en el aire, dando vueltas con el cuerpo horizontal, como en una especie de caída perpetua, sosteniéndose merced á su velocidad, rechazando de cuando en cuando el suelo con una patada nerviosa, sosteniéndose contra todas las nociones que se tienen acerca del equilibrio de los seres. Sus grandes cabellos desenroscan sus rizos negros como sobre cabezas de furias. El choque precipitado de sus pies descalzos hace temblar el suelo, que resuena sordamente en cadencia. Cuando se les mira se va la cabeza; todas aquellas exhalaciones cálidas, aquel aire pesado saturado de perfumes, aquella luz de oro en que están bañadas las cosas, aquella bóveda de palmas que aplasta, aquellos sonidos desgarradores de las gaitas, las contorsiones de aquellas carnes, el vértigo de aquel movimiento—todo esto se apodera de uno poco á poco; como una embriaguez; la cabeza se aturde, y acaba uno por languidecer

en aquel exceso de ruido, sin ver ya nada.....

Aquella Mahé es más grande de lo que se piensa. Cuando se pasea por aquellas verdes alamedas, se descubren poco á poco barrios cuya existencia no se sospechaba al principio; tan bien ocultos estaban entre las palmeras: una iglesia construída en una plaza, ó más bien, en un claro del bosque; una casa rectoral, apacible y campestre; un conventillo con hermanas de la Caridad; luego algunas casas altas habitadas ahora por indios pobres, pero que han guardado del antiguo tiempo un cierto recuerdo suntuoso.

La iglesia ofrece un aspecto sencillo, un poco *colonial* bajo su capa de cal blanca; pero es bastante vieja para tener ya un encanto de *pasado* y producir el recogimiento como nuestras iglesias de Francia.

En seguida un barrio completamente indio, animado, casi ruidoso; grupos donde se canta; un gran brillo de paños blancos ó rojos lanzados sobre torsos de color de ciervo; tiendas de fruta, de curgas, de ropajes y de abanicos; un mercado de pescados, que se exponen en el suelo; siempre

aquel suelo de color de sanguinaria, y allí disputas de pescaderas indias arrugadas, espantosas, con barbillas colgantes como los pechos de las cabras negras, como sacos vacíos, con anillos pasados por la nariz y que se la desgarran.

La caída de la tarde me coge más lejos, en el barrio salvaje de los pescadores. En la gran playa delante de las rompientes, enfrente del Océano Índico, que desarrolla su infinita extensión, sin una isla, sin un arrecife, sin una vela; está movido aquella noche por un viento tibio que sopla del Este, y mi navío aparece en el fondo, muy lejos, visible apenas, solo, perdido al extremo de aquella agitación azul. Ved aquí unos pescadores desnudos, con brazos de bronce, que arrastran una ancha piragua hacia el mar, aprestándola para alguna expedición nocturna, y lanzándola en las olas que braman, donde pronto desaparece. A mi alrededor hay casuchas de caña que me recuerdan no sé qué, que he conocido en otra parte; hay grandes cocoteros delgados, que columpia el viento marino, con un ruido oído ya otras veces, ya familiar. Y ando por un suelo sembrado de palmas

secas, de guijarros negros, de ramas de coral..... ¡Cómo se parece todo esto á la Polinesia!..... Entonces siento un escalofrío, y no paso porque hay algo invisible que me aprieta..... Recuerdo muy palpitante, muy rápido, muy pronto borrado; una vez más aquel encanto y aquella tristeza de las playas de Oceanía, que no he sabido nunca expresar con palabras, que he acabado por olvidar con los años, pero que vuelve de cuando en cuando á turbarme misteriosamente.